

Mañana gris con un Baroja solo

YA no podrá coleccionar más sueños Ricardo Baroja. Sus amigos sabíamos que muchas mañanas, al levantarse, Ricardo Baroja apuntaba lo que recordaba de lo que había soñado y lo guardaba en un cajón, como podía hacer un coleccionista de cualquier otra cosa: amorosamente, para luego no volverse a ocupar de ello. Esto de los sueños ha preocupado siempre a los Baroja. Don Pío compone casi toda su magnífica novela «El hotel del Cisne» de sueños, unos sueños casi surrealistas, en los que el mundo mágico se mezcla con el literario hasta confundirse, hasta formar una misma cosa.

Ricardo Baroja, pintor, grabador, escritor, inventor, hombre vario y caótico, importantísimo, y tal vez el personaje más barojiano que puede encontrarse, acaba de morir en la casa de Vera del Bidasoa, en el sombrío caserón de Itzea, en el barrio de Alzate, donde vivía encerrado hace ya muchos años, insolidario y cordial, lejano al mundo y presente siempre en la admiración humana de todos cuantos le conocimos.

Ricardo vivió siempre como quiso, manga por hombro, metido en empresas extrañas como fin y no como medio, que en principio y final nada pretendían, porque en la vida le importó todo un pimiento, salvo los aguafuertes, en cuyo arte y artesanía llegó a ser máximo maestro, y quizá los insectos que coleccionaba como los sueños, metiéndolos en tubos de aspirina.

—¿A qué hora supo usted que había muerto su hermano, don Pío?

—Debían ser las cuatro de la mañana cuando telefonaron. Acababa de morir.

Estoy en la casa de Pío Baroja, en la madrileña calle de Alarcón, en la mañana del sábado. Esta tarde enterrarán a Ricardo en Vera.

—Allí, con mis padres... Ellos también quedaron en Vera.

Como hace frío en las habitaciones exteriores, don Pío se ha recluido en el comedor, donde medio calienta un chubesqui, con un tubo adosado a la chimenea francesa. Don Pío, cuando entré estaba en su sillón habitual, en un rincón, sin hacer absolutamente nada. Lleva puesto un abrigo casi negro, la boina, un pañuelo crema al cuello y unas extrañas zapatillas sujetas a los tobillos por una cuerda, que, sin duda, se ha puesto él mismo. Entra y sale, también en zapatillas, Julio Caro Baroja, su sobrino, que a fuerza de paciencia ha logrado ponerse a los treinta años un poco más viejo que don Pío. Julio Caro Baroja, buen investigador, buen erudito, continuador de los Baroja sin hijos y de lo barojiano cazarro, hosco y, a la vez, cordial, muy inteligente y medio atentado, todo junto.

Julio había venido ahora de Vera y ya tenía el billete sacado para regresar esta noche, cuando les comunicaron por teléfono la muerte de Ricardo. Ahora se irá mañana domingo, a primera hora, con una señorita francesa que le acaba de decir, telefoneándole, que lo puede llevar en automóvil.

—Pero ya lo habrán enterrado...

—Claro, claro.

—Ahora—dice don Pío—el lío es lo que se va a hacer con la muchacha... La teníamos hace cincuenta años y ya tiene más de setenta. Dice que no quiere salir de la casa, se muera quien se muera.

Quienes creemos conocer a don Pío Baroja comprendemos lo mucho que debe haberle afectado la muerte de su hermano, por los síntomas externos, casi contrarios. Aparentemente yo no he visto a Baroja nunca más animado que esta mañana. Nunca tampoco se ha reído tanto. Rehúsa toda conversación sobre el triste acontecimiento. Cuando se le decía algo se ponía a hablar de otra cosa. Hoy me ha conta-



Baroja

do, no sé por qué, con todo detalle, la historia de un tal Montenegro de San Sebastián a quien trató mucho en París.

—¿Hacia tiempo que no le veía usted?

—¿A Montenegro?

—No, a Ricardo.

—No sé... Sí, bastante... Más de dos años, cuando él vino por aquí. Yo no voy hace mucho a Vera.

—Y ahora, ¿irá usted?

—Sí, quizá... Montenegro era un tipo muy elegante, ¿sabe usted? Lo que se dice muy elegante.

Es imposible no pensar en Ricardo Baroja, que ahora estará quieto, por fin, quizá con las manos cruzadas, en medio de la enorme biblioteca de la casa de Itzea. Habrá encendido la chimenea de leños del enorme comedor. La viuda estará de acá para allá, fumando pitillos negros. Los aldeanos de Vera, los contrabandistas de «La Muga», en la raya de Francia, llegarán al entierro. Ya se sabrá esto en San Sebastián. Ya valdrán hoy más caros los cuadros de Ricardo Baroja.

Marino Gómez Santos le pregunta a Baroja algo del ojo de Ricardo.

—Lo perdió hace tiempo, ¿verdad?

—Sí, hace ya más de veinte años... Un accidente de coches. Iba con sus amigos. A mí no me gustaban nunca sus amigos. Este Montenegro era amigo del dibujante Peito Zamora. Muy elegante.

La última vez que vi a Ricardo Baroja fue en Pasajes. Andaba entonces preocupado por unas velas que había inventado, y que tenían unos agujeros, con los que las embarcaciones, según Baroja, debían ganar velocidad. Parece que le estoy viendo con su barba blanca crecida y semicortada, con un cristal negro en sus gafas, espectral y lleno de humor, como el personaje de una rara historia post-romántica, marinera y aldeana, entresonada y entredormida.

Da no sé qué saber que ya nunca le podremos ver más. Don Pío se decide a fumar un pitillo. Lanza al aire una bocanada de humo.

—La vida... La verdad es que la vida es una m..., pero una m... ridícula. Montenegro se hacía llamar marqués o conde. Era un tipo muy elegante.

Julio Caro Baroja entra en el comedor.

—Digo yo, tío, que si me voy a Vera en el auto de esa señorita francesa, hay que intentar vender mi billete del tren... Es un primera para Irún...

Fuera Hueve tenazmente. Baroja va a almorzar.

C. G.-R.